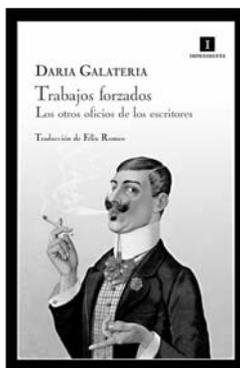


Trabajos forzados, los otros oficios de Daria Galateria

VANESSA DíEZ TARÍ

He servido palomitas, dulces, cafés, helados, chocolate caliente, churros... y también escribo. He compuesto un poema sobre una barra, junto a los helados, o ante un millón de dulces. El lugar es lo de menos, cualquier motivo puede inspirar una nueva obra. El autor no es sólo su creación, es también su vida, la cual influye en lo que hace de forma arrolladora. Muchos de los autores de *Trabajos forzados, los otros oficios de los escritores* han ido cambiando de trabajo para poder escribir o han tenido que ir saltando de uno a otro por necesi-

dad, pero todos han plasmado en sus obras las experiencias que han ido acumulando sobre aquellos oficios más físicos, en su mayoría, que la escritura, fuesen más o menos aventureros. Llegando en algunos casos a preferirlos antes que tener la obligación de cumplir unos plazos de entrega. Así Thomas Eliot cambió la docencia, más prestigiosa, por la banca para después pasar al mundo editorial, *Faber & Faber* sería la primera editorial de poesía de Inglaterra. Su decisión fue fácil, enseñar le exigía una dedicación completa que agotaba sus fuerzas, no dejándole crear tras la jornada. Parece que acertó, pues recibiría el Nobel en 1948. E incluso en su trabajo como banquero se inspirarían algunos de sus poemas. Jack London, que llegaría a ser el escritor mejor pagado de su tiempo, fue entre otras cosas: transportador de maletas, fogonero, cazador de focas, contrabandista de ostras... trabajos físicos que después no le



PORTADA DE TRABAJOS FORZADOS, LOS OTROS OFICIOS DE LOS ESCRITORES DE DARIA GALATERIA

dejarían teclear sin dolor ante la máquina de escribir. Antoine de Saint-Exupéry era aviador y nunca se consideraría escritor, aunque *El Principito* sea el libro más leído después de la Biblia. Kafka sería agente de seguros, sintiéndose culpable por no dedicarse de lleno a la literatura, tan sólo creando al terminar su horario laboral, eso sí de forma convulsa. Cendrars sería un adolescente conflictivo y un hombre aventurero que acumularía trabajos, haciéndose famoso por las

historias de sus viajes, e incluso su trabajo como joyero inspiraría poemas. Bukowski fue cartero durante catorce años, pero cuando le dieron un sueldo por escribir, se quedó paralizado por el terror toda una semana. El miedo a la página en blanco ha perseguido hasta a los grandes e incluso ahora puede preocupar a un autor tras perseguirlo con fuerza.

Los trabajos alimenticios forman parte de la vida, disfrutarán de las anécdotas, si conocen su obra a través de su vida les podrán llegar a comprender mejor. Sólo echo en falta más mujeres escritoras en este recorrido, tan sólo tenemos el caso de Colette ante veintitrés caballeros. Fue una emprendedora que aprovechó su fama para embarcarse en otros negocios, vendió productos en sus propios salones de belleza. Aquello fracasaría, pero el haberse acercado a la gente le ayudaría en su obra. Es una lás-

tima que no haya más mujeres, siendo como es en este caso una mano femenina la autora de la obra. La propia Daria Galateria no se dedica exclusivamente a la creación literaria, sino que como Eliot es docente. Aún hoy en día los escritores antes de ser reconocidos sufren un sinfín de trabajos alimenticios. Lucía Etxebarria fue camarera y trabajó en comunicación, y ahora deja de publicar durante unos años (lo confirmó a través de su muro de *facebook*). Espido Freire tuvo una experiencia como *au pair* en Inglaterra y ahora da cursos, que *no se podía vivir sólo de la literatura* me lo dijo ella.

Las cartas de Carmen Balcells, que ya no nos deja disfrutar y que están encerradas, con autores como García Márquez, Cela, Neruda, Delibes o Matute serían otros ejemplos de trabajos alimenticios, en este caso de autores en español, pues Galateria no utiliza ninguno. Habrá que esperar.

PULP FICTION / EDUARDO GARCÍA ROJAS

NADA ES VERDAD, DIJO THOMPSON

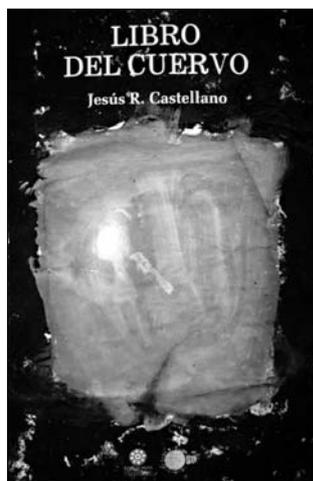
Si una novela comienza con una cita de Jim Thompson hay muchas probabilidades para que esa novela no sea mala. Si esa misma novela está escrita como un extraño cruce entre la literatura rabiosa de Thompson y la empapada de alcohol de Charles Bukowski, para los que somos seguidores de ambos escritores -- más del primero que del segundo-- esa novela se irá transformando a medida que la lees en una rareza que logra *mosquearte*.

Y escribo *mosquearte* porque aún preguntándote donde demonios está el relato que su autor quiere contarnos, mantienes los ojos apuntando fijamente a las páginas del libro. Luego entiendo que has encontrado en esa novela algo que late aunque sospeches que el escritor al final optó por el camino fácil. O el callejón sin salida.

Estas y otras sensaciones son las que recojo de *Libro del cuervo*, de Jesús R. Castellano, un relato que comienza muy bien. Y digo muy bien porque el escritor presenta a su personaje (¿álter ego?, lo mismo da) como una especie de Lou Ford perdido en una ciudad --Gijón-- que a través de su mirada se convierte en algo parecido al infierno de la mediocridad y de la desesperación.

Libro del cuervo son sensaciones que recoge su protagonista, un hombre gris

Lo mejor de Libro del Cuervo, historia con su puntito cínico, es el frío distanciamiento del personaje protagonista, quien narra a modo de monólogo el calvario de no ser nada. Lo peo es que la novela la cierra su autor de manera apresurada, dando la sensación que pone el punto y final porque no supo como redondearla



que desarrolla un trabajo gris sobre un puñado de personajes igual de grises.

Lo mejor de esta novela que, a mi juicio, se desparrama en sus capítulos finales, es precisamente las asombradas pero crudas reflexiones que hace el narrador en primera persona sobre esa esa fauna con la que tiene que lidiar todos los días.

Un zoológico poblado de bestias con apariencia humana por lo que el personaje y obviamente el lector no sentirá simpatía alguna.

Jesús R. Castellano va desgranando a sus secundarios con un lenguaje que nada entre lo divertido y lo trágico, pero no sabe --o no quiso-- que estos contribuyeran a dar ritmo a una acción que, leídas las primeras cien páginas, comienza entonces a resultar reiterativa. Así que lo mejor de

este libro, que tiene su puntito cínico, es el frío distanciamiento del personaje protagonista, quien narra a modo de monólogo el calvario de no ser nada. Y lo peor, su punto y final, la sensación de que la novela se cierra apresurada, sin redondear.

Con todo, se trata *Libro del cuervo* de un a ratos interesante relato que se lee bien, reitero, en su primera parte. Hace sonreír con amargura, y sientes el desprecio que alimenta el corazón de su antihéroe. Un antihéroe para el que no cabe ningún tipo de redención porque no sabe, o quizá sea consciente, de que está irremisiblemente hundido en el barro.

Libro del cuervo es una novela escrita con una sencillez (y por lo tanto con una brillante complejidad) que recuerda al mejor Thompson entre otros grandes que se hicieron grandes haciendo literatura en y desde el arrollo.

Así que si Castellano asumiera el riesgo de contarnos una historia o bien tener claro lo que quiere narrar, estoy prácticamente seguro que encontraríamos en su trabajo al escritor que, a mi juicio, desearía leer. Y lo pienso porque en las páginas de *Libro del cuervo* he descubierto una honestidad que no suelo descubrir en las literaturas de nuestros confusos tiempos. Pero sobre todo porque ha dado vida a un personaje que a mí me ha recordado a los que te golpean y trituran el alma como son los de Jim Thompson.

(*) *Libro del Cuervo* (Ediciones Aguiere/Ediciones Idea) cuenta con un prólogo de José María Lizundia y un epílogo firmado por J. Ramallo. La novela se presenta el 12 de enero, a las 18.30 horas, en el salón de actos de la Mutua de Accidentes de Canarias (MAC).